

CENITAL EN EL PATIO,
tan a plomo la luz como el sigilo,
samaritana
la calma te cobija
entre el grave fortín de las columnas.

La mecedora inmóvil,
las flores del color del azulejo,
el fado allá al final
de un tiempo atlántico.

Perezoso su pulso borbotea.
No quisiera romper los límites
del remoto refugio.

Es mínimo el dolor,
blanda la ley, la paz precisa.

NO SÉ si es más eléctrico
el azul de este cielo que se estría
tras la persiana,
o la bocanada marina
de la sábana al sol bajo la pérgola.

Ensangrientan los pétalos
la cerámica húmeda
donde despunta la abundancia
en esta primavera de entretiempos.

Asoma al corredor el equilibrio
del eco de la cal que al mediodía
inunda sin esfuerzo
la orilla de la sombra.

La penumbra se aísla en cada cerradura,
detrás del estandarte del lino en los visillos.
18 Reverbera el secreto de las cómodas.
El sur robó la luz a la tiniebla.

NO HAY NADA TAN SUTIL
como la luz
en cada enredadera,
en cada vibración,
en cada grado;
ni nada tan real
ni tan tangible
como el momento en que se esfuman
la afuera y la inquietud,
dejándonos tan solo el hormiguero
de todo lo que, próximo,
se adensa en el misterio de los cuartos.

CRUDO EL SOL, se abalanza hasta la alfombra
del estudio. Mantiene enclavijada
su mandíbula todavía cuando
araña con su rayo el mapamundi
en la pared, como un felino.
Madagascar deja de ser
una naturaleza muerta.
Un rectángulo enciende un vendaval
en las orillas de Maputo.

Tan solo él penetra en el bastión
que arman el sofá con los cojines.
La luz decide lomo entre las baldas.
Los versos se suceden sin tener
destinatario. Teje su coherencia
la lucidez de las imágenes
punzando el interior de las metáforas.
Se amortigua el ruido en los tabiques.
La vida se apagó del otro lado.

SERENO EN TU CASTILLO,
alzados ya los puentes,
elemental esta mañana ubicua.

Qué tienes por perder, qué contradice
la flema en tu sillón, la paralela
del sol en la pared con tu sonrisa.

Se levantan los cíclopes
que el pasado empareda en los armarios.
Quedó la mordedura sin terapia
de alguna ausencia en todo irreversible.

Ni jaula de cristal,
ni torre de marfil,
las fronteras refuerzan su espesor
de nombres propios.

COMO UN PUÑAL ARDIENDO, el sol de julio
derrite el resplandor de su letargo.
Todo dejó sin contrapunto
la pausa evaporada de la siesta.

Una furia de luz
taladra los postigos.
Su física desvela los átomos del sueño
que flotan en la flama
del lado del sopor y la costumbre.

La noche acudirá a su debido tiempo.
Hasta entonces, el astro
eleva caudaloso sus ángulos
de cartabón irresistible.
Como un respiradero,
lucirán los caparazones de las bombillas.

Acecha la calima cada nido.
El auxilio vendrá del exterior
cuando el aire renueve con su soplo,
ventana tras ventana,
las cámaras y el claustro.
En un rito doméstico,
como gotas de alivio, en los patios
el agua colmará las regaderas
junto al mito infantil de las piscinas.

A DONDE EL VIENTO ALCANCE con su soplo
las solanas de la curiosidad
en la orilla caliente de un tejado,
a donde impulse su resorte
la artimaña de las enredaderas
alzando las columnas,
a la tierra de nadie del insomne,
a donde el tiempo dilatado de los libros,
a donde el punto cardinal
se llena de escondites,
a la isla que enciende el ojo abierto,
a donde la niñez nos lleve veinte años,...
acércate y dirige tu viaje.

Es allí donde encontrarás los lápices
para llenar tu torre de escritorios.
La casa es un baúl, tu minarete.

HIPNÓTICA LA PAZ

se esconde en los armarios
a la hora pausada de las cinco.

El ábrego legó su transparencia
y vino a revivir
chaquetas olvidadas,
texturas de algodón para tus hombros
ahora que pendiente
está la claridad de alguna nube,
que el verano es un resto momentáneo
y apenas si nos llega la emoción
de haber perdido
todo aquello que dimos por supuesto.

PARECE QUE LLOVIERA en el cobijo
de esta balsa amasada con recesos.
Delgado es el murmullo
y poco ha de durar la conjunción
de sombra y lentitud
que cubre el lucernario.

Suele perderse el aire
en el vano indefenso de las puertas.
Mientras tanto cavilan junto al péndulo
en enjambre las horas.

Se abalanzan las teclas
sobre el instante irrevocable
de este invierno minúsculo
que encoge el inventario de las voces.
Se apaga el filamento de la radio.